

# Razas, castas e intocabilidad:

## Lecciones de la India

Dr. Laurence A. Glasco  
 Profesor Asociado. Universidad de Pittsburgh

*You can't touch that! [¡No puedes tocar eso!]*  
 M.C. Hammer

La India difiere de los Estados Unidos de muchas maneras. Sin embargo, triste pero significativamente, ambos países tienen algo en común. En la India, como en Estados Unidos, las divisiones existentes son más estrictas y van más allá que las basadas sólo en clase, religión o cultura.

Claro está que en los Estados Unidos la división se basa en lo racial, mientras que en la India no se basa en diferencia física o racial alguna. En el sistema de castas está rigidamente dividida la gente, según su rango, estatus y oficio, desde los brahmanes, la casta más alta, hasta los intocables, la más baja. En mi condición de historiador de lo afroamericano en Estados Unidos, sentía mucha curiosidad por conocer a y hablar con hindúes de varias castas, sobre todo con los de la casta más baja —los llamados intocables.

Visité la India en 1993, auspiciado por el Semester at Sea, programa educacional que envía a estudiantes y docentes alrededor del mundo, vía marítima. Dicho programa organizó una visita, con una noche de estancia, en un pueblo de intocables. Resultó una de mis más memorables experiencias.

Viajé con un grupo de veinte estudiantes, más o menos, a Madrás (hoy realmente Chennai), a las oficinas del Dalit Liberation Education Trust (DLET). Dalit, que significa oprimido o “por el suelo”, es el término que más usan los intocables para referirse a sí mismos, o sea, se han apropiado del término. DLET trabaja con los hijos de los dalits ayudándolos a ajustarse a la vida citadina, a conseguir instrucción y a nutrir su autoestima. Recibe apoyo monetario de Bread for the World [Pan para el Mundo], una organización alemana caritativa y católica, y de otro grupo estadounidense, Codel, que trabaja específicamente con mujeres.

Fue ahí a donde nos fue a encontrar Henry Thiagaraj, líder y portavoz de DLET. Nos brindó información muy útil sobre la situación de los intocables, y sus esfuerzos por mejorarla. Además, nos contó que los intocables habían tenido varios nombres —los británicos los llamaban las “castas programadas”; Gandhi los llamaba los “harijans” o “hijos de Dios”; y en la actualidad los llaman dalits, o gente “oprimida”. Se considera que casi un 15 por ciento de la pobla-

ción de la India es oficialmente dalit, pero DLET cree que la cifra es más alta, alrededor de un veinte por ciento en total. Esto significa que hay entre 150 y 200 millones de personas con clasificación oficial de intocables.

El doctor B. R. Ambedkar, un hombre de origen dalit pero instruido en la India, Inglaterra y Estados Unidos, fue el indiscutible héroe de los intocables. En la década de 1930, fundó un movimiento a favor de los derechos de los intocables. Ambedkar difirió de forma fundamental con Gandhi en cuanto a cómo abordar el problema. Para acabar con la discriminación, Gandhi quería apelar al espíritu bondadoso y justiciero de las castas hindúes más altas. Por el contrario, Ambedkar quería que los intocables se organizaran y desarrollaran una campaña política para conseguir sus derechos. Cedió al programa de Gandhi, por fin, y ayudó a escribir la constitución para la independencia de la India. Fue en esa constitución, que entró en vigor con la independencia hindú, en 1948, que se proscribió la discriminación por castas.

A pesar de las leyes y la constitución, en las zonas rurales, donde vive el 70 por ciento de los hindúes, sigue habiendo una discriminación feroz contra las castas más bajas: la situación mejora en las grandes ciudades. Los dalits siguen siendo los ciudadanos más pobres de la India, país donde, ciertamente, hay mucha pobreza. Muchos dalits siguen ocupando los peores empleos —barrer calles, cargar basura, lavar inodoros, encargarse de las vacas muertas, y trabajos agrícolas y urbanos mal pagados. El gobierno tiene cuotas fijas y los dalits reciben un por ciento de representación política, de empleos en el servicio civil y de acceso a educación universitaria proporcional a su número estadístico. No obstante, a pesar de estas cuotas, siguen con poca educación y mínima representación en los niveles más altos del servicio civil hindú.

Según Thiagaraj, los brahmanes aún controlan la política del país y mucha de la tensión política (además de las tensiones a causa de las diferencias religiosas y lingüísticas) se debe a que los dalits están pidiendo mayor poder político para las castas más bajas —no sólo para los intocables.

El origen de la intocabilidad está en el hinduismo, religión que divide a la gente en cuatro castas: los brahmanes, los guerreros, los comerciantes y los obreros (granjeros y artesanos). Los dalits están aún más abajo que las cuatro castas antes mencionadas. Nadie sabe a ciencia cierta quiénes fueron los antepasados de los intocables, pero muchos dalits creen que descienden de los dravidios, el pueblo originalmente aborigen de la India que fue conquistado y esclavizado por los invasores arios del norte. No difieren físicamente los dalits de los hindúes de casta más alta, entonces realmente no existe “justificación” racial por el sistema de castas vigente. Sin embargo, aun conociendo la discriminación racial en Estados Unidos, una visita a la India es sorprendente por las similitudes entre el trato de los dalits y el de los afroamericanos.

Thiagaraj nos explicó por qué es difícil para los dalits escapar a su situación. Por ejemplo, no es tan fácil como simplemente dejar el campo y mudarse a la ciudad, haciéndose pasar por personas de casta más alta, o cambiarse de religión. Primeramente, cuando los dalits llegan a las ciudades, la gente les pregunta de dónde son, o sobre su pueblo natal, para después averiguar a qué casta pertenecen. Segundo, muchos dalits tienen nombres humillantes que los delatan, como Karuppan y Kuppan, que significan “negro” y “basura”. Tercero, los que se convierten a la cristiandad o al budismo son mirados como miembros “falsos” de la fe y conversos intocables. Finalmente, para colmo, si tratan de dejar de ser dalits entonces ya no pueden reci-

bir los beneficios que los programas gubernamentales les ofrecen. Al faltarles preparación, la mayoría no habla inglés. El hindú y el inglés son los dos idiomas oficiales del gobierno central de la India, pero existen 22 lenguas con estatus oficial. Además, hay otras 1,683 lenguas “maternas” (aborígenes). De los más de mil millones de habitantes de la India, sólo entre 20 y 25 millones hablan inglés.

Además de tener limitaciones lingüísticas, muchos dalits sufren de un complejo de inferioridad. Su falta de resolución también les impide una exitosa integración con la gente de las castas más altas. Están mal preparados, en parte porque sus familias no ven por qué deben sacrificar el poco sueldo que ganan sus hijos, que son agricultores y hacen los trabajos peor retribuidos del país, a cambio de instrucción. Además, permanecen segregados de las castas superiores: están obligados a vivir en caseríos ubicados aproximadamente a 1,600 metros de los pueblos de casta superior. También, en las colonias dalits no hay escuelas, entonces sus hijos tienen que caminar hasta los pueblos de las castas superiores, donde sí las hay. Ello constituye una desventaja física y psicológica. Los que perseveran, lo hacen a pesar de las bajas expectativas.

A Thiagaraj le decían que no podía aprender porque era dalit, pero en vez de aceptarlo, lo tomó como reto. A través de DLET, se ocupa de alentar a los líderes dalits para que tengan más auto confianza y sean más enérgicos y firmes. Así, fue un logro para él conseguir que todos los empleados de DLET (todos dalits) se nos presentaran en inglés cuando llegamos (sabían inglés porque estaban más o menos preparados). Por su actitud sumisa, nos dimos cuenta de la pena que sintieron en nuestra presencia. Nos hablaron en voz muy baja y suave, por ejemplo, y a veces nos costaba entenderlos.

Históricamente, las luchas dalits han recibido poca atención positiva en la prensa. Los medios, por ejemplo, casi no denunciaban la violencia con que los hindúes de casta los trataban. Pero hace unos años que se le está dando mucha más atención a tal violencia, incluso con la inclusión de imágenes.

Le pregunté a Thiagaraj si había apoyado por parte de la sociedad de casta superior para una mejoría en la situación de los dalits, como pasó en los Estados Unidos con el movimiento de los derechos civiles, que habían apoyado estudiantes y liberales blancos. Me replicó que estaba intentando fomentar esa cooperación inter casta, pero que había poco interés en ella. Por añadidura, los dalits frecuentemente sospechan de los motivos de los que los querían ayudar.

Finalmente, Thiagaraj nos dio alguna información de trasfondo sobre la cultura dalit. Aunque esté basada en el hinduismo, no es igual al hinduismo “oficial” o tradicional que se encuentra en escritos clásicos como los Veda. La versión de la religión dalit incluye a dioses locales, de sus pueblos. Tampoco oprime a las mujeres, como el hinduismo tradicional. Enfatiza la importancia de lo que se podría llamar “cultos femeninos”. Los escritos clásicos tradicionales, como el Manu de la ley hindú, ordenan que las mujeres se subordinen a los hombres. Son estas circunstancias las que provocan que los hombres hindúes de casta superior consideren aceptable violar a mujeres dalits. Es un gran problema en la India.

### *En contacto con los dalits*

Después de hablar con Thiagaraj, participamos en una ceremonia de preparación mental y emocional para entender mejor las experiencias venideras. El piso de la asamblea DLET estaba decorado con polvos coloreados.



*Baile al ritmo de un tambor paria, en un pueblo dalit*

dos, de forma muy elaborada. Habíamos visto ese mismo patrón por toda la ciudad: era un diseño de bienvenida. Los dalits empezaron a encender las velas que estaban en medio del diseño, en el piso. A nosotros también nos entregaron una pequeña cerámica con aceite, y una mecha. Uno por uno debíamos dar un paso adelante y encender nuestras mechas. Estando de pie en ese círculo, meditamos en silencio. Todo el que quisiera podía expresar en voz alta una idea. Fue un momento realmente inolvidable. Se estableció una conexión entre nosotros y los dalits, aun antes de partir para su pueblo.

Después de la ceremonia, salimos a comer a un hotel local. Luego tomamos varios taxis en dirección a su poblado, Vippedu, justo al sur de Madrás, cerca de la costa y de Chengalpattu y Tirukkalukkundram. La

sequía era más que evidente, pero vimos fértiles arrozales todavía inundados. Las vistas eran como de documentales de viaje: chicos felices bañándose en charcos de agua probablemente estancada, donde bebían los búfalos y, probablemente, defecaban; mujeres con torres de vasijas en las cabezas; búfalos blancos de la India, con cuernos pintados de azul, rojo, verde o amarillo, con campanitas sonándoles en las puntas. Iban tirando de carretas llenas de paja.

Cuando llegamos, el guía (un empleado de DLET) nos instó a que contempláramos el paisaje y al caserío dalit desde la cima de una colina, donde la vista era inmejorable. Vimos arrozales, el cercano pueblo de casta superior y su camino, y el caserío dalit, a más o menos 1,600 metros del pueblo mencionado (tienen que estar a esa distancia o más). Nos parecie-

ron iguales las dos colonias, pero el guía nos explicó que la única forma en que el asentamiento dalit recibía agua era usando la que sobraba en el otro.

No era en ese pueblo que nos ofrecerían alojamiento, así que continuamos camino. Al pasar por diferentes poblados, vimos que la gente se agitaba al vernos y salían a sus portales: los niños y adultos nos saludaban. La mayoría de las casas era de mampostería, aunque también había algunas de barro y guano. La mayoría también tenía tejado de azulejos, y un pórtico delantero con tejado de guano. No vi muchos animales, además de reses —unas cuantas gallinas, algunas cabras, pero no cerdos. Tampoco vi siembras de verduras o frutales, aunque sí había algunas palmas y cocoteros. El entusiasmo de los residentes me hizo pensar que tal vez nuestra visita a los dalits podía provocar celos entre los paisanos de casta más alta. Luego supe por otro grupo que habían regado espinas por el camino, lo cual hubiera pinchado las llantas de nuestros taxis al siguiente día.

Llegamos al pueblo a las cuatro de la tarde, más o menos: fue increíble la recepción que nos dieron. Se acercó a nosotros un grupo de mujeres para ponernos coronas de jazmines blancos. Otras mujeres se acercaron con cazos llenos de tinte rojo, dando tres o cuatro vueltas en ambas direcciones y luego poniéndonos, a cada uno, una pintita roja en la frente. Luego llegaron los cazos de tinte amarillo (sándalo), con los cuales nos pintaron rayas horizontales en las mejillas y la parte delantera del cuello.

En medio del único camino que había —que era de tierra— unos hombres hicieron una pequeña pila con hojas y ramillas. Pasaron sus tambores por el fuego que prendieron en ella, para calentarlos. Parecían grandes panderetas sin sonajas. Entonces empezaron a batirlos con entusiasmo, y a bai-

lar, dándonos así la bienvenida. Al bajar a la calle, cada diez o veinte metros paraban para prender otras pequeñas fogatas y calentar de nuevo sus tambores, para poder seguir bailando. Nos invitaron a bailar y varias alumnas lo hicieron, para felicidad de todos. Realmente, creo que lo que querían era que bailaran nuestros chicos (sólo había dos). Nos dimos cuenta claramente que el baile público era privilegio de los hombres, porque ninguna de las mujeres dalits bailó. Cuando bailaron nuestras chicas, pudieron arrastrar con ellas a algunos chicos dalits, pero las chicas dalits siempre se negaron.

Mientras tanto, se juntaron todos los aldeanos a sonreírnos y hablarnos. No era posible emprender una conversación con ellos porque no hablaban inglés, y tampoco hablábamos su idioma. Los niños deseaban tocarnos y pronunciaron las pocas frases en inglés que conocían: “Hello. How are you? What’s your name?”.

La gente nos invitó a sus patios para enseñarnos cómo vivían, con su cabra o su vaca atadas al fondo de la casa. Querían que viéramos las cocinas de barro en las que cocinaban, que entráramos a sus humildes chozas. Nos dieron una bienvenida muy cálida.

La mitad de las casas eran de ladrillo con acabado de estuco. Otro tercio era de barro con techo de guano. Típicamente, las paredes medían unos 152 centímetros de altura. El techo era muy empinado y medía más o menos tres metros en su punto más alto.

Tuvimos que agachar la cabeza para entrar, pero ya en el interior nos enderezamos cómodamente. Entramos a una sala central que medía menos de dos metros; la casa tenía un ancho de casi 3.6 metros. El pasillo central pasaba hasta el traspatio y a cada lado del pasillo había un pequeño cuarto, probablemente para dormir o para almacenaje.



*Calle principal de un pueblo dalit*

Eran pocas las casas que tenían paredes de guano y techos de paja, y eran bastante más pequeñas que las demás. Parecían tener un solo un cuarto. La cocina se encontraba en el traspatio y era de barro, con dos pequeñas aberturas al frente, donde se echaba la leña, más dos hoyos redondos arriba, donde se ponían las cazuelas a cocinar. Arroz integral era lo que más preparaban en ellas. Sólo vi cazuelas con arroz —no vi vegetales, ni carnes, ni frutas.

La gente fue amistosa y alegre con nosotros. Fue casi como un festival. Nos hicieron sentirnos bienvenidos, y no vimos limosneros ni hostilidad, ni tosquedad, ni resentimiento. Al comienzo sí nos afectó la forma tan intensa en que nos miraban, aunque también nos sonreían. Nos sentimos un poco fuera de lugar, pero al entrar la noche ya estábamos más tranquilos, y nos sentimos en casa. Bailaron y bailaron y luego —durante una puesta del sol maravillosa— dirigieron una procesión en camino a otro asentamiento dalit, donde nos esperaba una bienvenida similar. No parecía haber fin para los bailes y tambores.

En camino al segundo pueblo pasamos por un templo hindú, pero estaba demasiado oscuro para ver nada. También pasamos por una iglesia cristiana, en un campo, muy sim-

ple y solitaria. Regresamos a ella después de estar en otro pueblo dalit, donde recibimos idéntica bienvenida. En la iglesia descargamos nuestras provisiones y pasamos la noche. Nos sentamos en el piso para comernos nuestros almuerzos. Con ojitos curiosos, cientos de niños nos miraban por las ventanas.

Mientras, otro grupo de estudiantes que había estado en otro pueblo vino a estar con nosotros. Nos informaron que el primer pueblo quería montarnos un espectáculo. Regresamos con ellos para escuchar más tambores y canciones interpretadas por solistas. Más tarde representaron piezas teatrales que habían aprendido en el DLET: se enfocaban en problemas de cortejo, del matrimonio y las mujeres. Eran como sátiras de las “malas” costumbres, y provocaron mucha risa entre el público. Nuestro grupo les cantó varias canciones, desde el himno nacional de Estados Unidos, el *Star Spangled Banner*, hasta *I've Been Working on the Railroad*, una canción folclórica.

Por fin, regresamos a la iglesia a dormir. No es difícil creer que la mayoría de los cristianos en la India son del grupo dalit. Dada la forma en que los trata el hinduismo, vale preguntarse por qué muchos más no se han convertido al cristianismo, ya que los dalits representan entre un 15 y un 20 por ciento de la población del país. Pero los cristianos constituyen sólo un tres por ciento, más o menos.

La placa a la entrada de la iglesia rezaba: “Esta capilla fue construida con la ayuda financiera del *Katolische Jungschar Osterreichs Bunesleitung*” [Dirigencia Federal del Grupo de Jóvenes Católicos Austriacos]. La fecha era 1977 y terminaba diciendo: “Please Pray for Them” [Por favor, recen por ellos].

Dentro, encontramos que había bastante comodidad para hacer nuestras necesida-



*El autor con una familia dalit*

des. No obstante, aunque nos sentíamos acalorados, sudados y sucios, abrimos nuestros sacos de dormir, petates y/o sábanas, y nos acostamos en el piso de cemento de la iglesia. Yo tenía sábana, pero hacía tanto calor que opté por dormir en el portal. Resultó ser una buena idea, había buena brisa, sin mosquitos u otros bichos. Sólo percibí unos cuantos muchachos pasando el tiempo en los alrededores, una rana dando saltos y algunos perros.

Era como estar en un campamento de verano. La gente madrugaba jugando a las barajas y charlando. La noche pasó sin incidente alguno y nos levantamos a las seis de la mañana. Empezaron a pasar los vecinos, curiosos de vernos, y otros empezaron sus quehaceres cargando una carreta de pasto. Los niños vinieron a observar qué era lo que teníamos. Les enseñamos a jugar con *frisbees* y a saludarse chocando palmas en el aire, haciendo un *high five*. Sacamos muchas fotos y nos divertimos, pero estábamos muy cansados, acalorados, sudados y sucios, con ganas de volver al Big White Mother [la Gran Madre Blanca], nombre del barco S.S. Universe, y ducharnos.

Nos encargamos de repartir los regalos que habíamos traído. La gente se puso muy alegre. El personal de DLET lo dividió todo en dos montones —uno para chicas y otro para chicos. Luego montaron una competencia entre ellos para darlos como premios. Después de varias carreras y otros juegos, repartimos los obsequios restantes. Todo se hizo de manera muy organizada. A los chicos los llamamos por sus nombres; estaban apuntados en una lista que tenían (me pregunto de dónde sacaron la lista). Luego, nos amontonamos en los taxis para volver a Madrás.

La visita me dejó muy impresionado. Ante todo, me sorprendió la alegría y amabilidad de la gente. Esperaba que fueran poco activos, infelices, tal vez poco amigables con los forasteros, sobre todo con los estadounidenses “ricos”. La vitalidad y dignidad que manifestaban me sorprendieron. Su ropa estaba generalmente nítida y limpia; no vi señales de desnutrición o mala salud en chico alguno. Entre los niños —todos— vimos sólo sonrisas y ojos relucientes, llenos de amor. Me impresionó la pulcritud del asentamiento.

Es fácil dar por sentada la suciedad que vas a encontrar en un pueblo pobre. Pero no fue como esperábamos. El hecho de que no hubiera autos, y las pocas bicicletas existentes, demostraba la ausencia de bienes materiales. Sin embargo, se percibía el orgullo en las calles, en los patios baldeados y libres de basura. Las casas, con su sencillo decorado, permanecían pulcras y recogidas.

Toda la experiencia me dejó una pregunta sin respuesta: ¿Cómo gente tan maltratada puede ser tan bella y feliz?

Toda la experiencia me dejó una pregunta sin respuesta: ¿Cómo gente tan maltratada puede ser bella y feliz?